

# Método, objetivación y humanidad.

CARLOS JESÚS DELGADO DÍAZ

Doctor en ciencias

Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba y Coordinador de la Cátedra de Estudios de la Complejidad de La Habana.

Profesor Titular

Departamento de Filosofía

Facultad de Filosofía, Historia y Sociología

Universidad de la Habana, Cuba

Correo electrónico: [cdelgado2001@gmail.com](mailto:cdelgado2001@gmail.com)

**N**o recuerdo haber leído o siquiera escuchado alguna mención a Edgar Morin durante los estudios universitarios en Minsk entre 1978 y 1983. En el padrón oficial de filósofos a estudiar no estaba incluido. Tampoco recuerdo que el término complejidad formara parte del horizonte intelectual de aquel entorno académico. Alcancé no obstante a tener un primer acercamiento con ideas de la complejidad a través de la lectura de textos de Ilya Prigogine, que era conocido y cuyas ideas provocaban polémicas.

### Dos personas extraordinarias

Graduado y de regreso en Cuba, la complejidad comenzó a presentarse en conversaciones de pasillo con jóvenes investigadores, científicos dedicados a las ciencias naturales, con quienes compartía espacios de comunicación por edad, afinidades, intereses y pertenencia a organizaciones juveniles. Trabajaba entonces en el Centro Nacional de Investigaciones Científicas, institución que mantenía el espíritu original de un centro de investigaciones orientado a las ciencias biomédicas, pero con presencia de la enseñanza del conocimiento social, las lenguas extranjeras y los debates filosóficos. Comenzó entonces el estudio más sistemático que incluyó autores como René Thom, Gregory Bateson y Edgar Morin. Las gotas se fueron juntando en eventos y encuentros, que se tornaron torrente en la Cátedra de complejidad de La Habana, radicada entonces en el Instituto de Filosofía, donde convergían el interés, la pregunta, la diversidad y la diferencia. El ambiente de creatividad hizo su magia, y aunque no olvidé ni menosprecié ningún autor, Morin se fue situando a la cabeza por su vocación filosófica de juntar, el lenguaje intenso -que costó un poco de tiempo, estudio y dedicación asimilar-, y la preocupación por lo humano.

Un día a finales del año 2004, cuando ya era profesor en la Universidad de La Habana, me llamaron de la rectoría para que atendiera unos visitantes de México. Al llegar al salón donde se encontraban, me presentaron al ingeniero Rubén Reynaga Valdez y su esposa María Antonieta Lozano. Habían venido a la Universidad de La Habana para exponer un proyecto educativo y buscar contrapartes que conocieran el pensamiento de Edgar Morin, líder y personalidad inspiradora del proyecto. Hablamos de complejidad, educación, de la obra de Morin y la necesidad de desarrollar cambios que tomaran en consideración su propuesta de reforma de la enseñanza y el pensamiento.

Rubén Reynaga reunía las cualidades de un soñador y un hombre práctico, pero lo que lo presenta mejor, a mi juicio, es su condición de persona innovadora, creativa y autodidacta. De manera natural mostraba su amplia cultura, simbiosis de lecturas y experiencias. No sé en qué momento de la conversación el examen de conocimientos implícito devino coincidencias, admiración e inicio de una amistad que duró toda la vida y se resiste a su temprana muerte. En los diez años de intensa colaboración y amistad que siguieron a nuestro primer encuentro, durante las frecuentes visitas a México me hospedé muy pocas veces en hoteles. Rubén insistía en acogerme en su casa, donde sosteníamos conversaciones hasta altas horas de la noche. Siempre tenía energía para pensar y soñar, y los momentos de descanso se tornaban nuevas jornadas de trabajo que transcurrían sin que el tiempo contara para nada. Conocía cada detalle de la vida mexicana y me los mostró con gusto: sus teatros y ferias, los conciertos en la UNAM, la ópera de Hermosillo, los mercados populares y los sitios callejeros donde se encontraban los mejores platillos. Cada visita incluyó siempre horas dedicadas a las librerías, a buscar en los estantes, para leer y discutir después.

Al mes siguiente al primer encuentro en La Habana, tenía programada una visita a la Universidad Autónoma de Yucatán, en Mérida, que se extendió a Hermosillo dos días, intensos y esclarecedores. En su anterior visita a esa ciudad Morin había realizado críticas y orientado realizar cambios a los

documentos rectores del proyecto de universidad. Era necesario formular el modelo educativo, revisar y corregir currículos y otros documentos rectores. Se trataba de un volumen de trabajo enorme, un “golpe de timón” como gustaba decir Rubén, para reconstruir prácticamente desde cero. Se requería la formación de un equipo de trabajo, que incluyó profesionales de México y Cuba, estos últimos miembros de la directiva de la Cátedra para el Estudio de la Complejidad. (Reynaga et al, 2006). El trabajo fue intenso y sumamente colaborativo durante todo un año, y a fines de 2005 los nuevos documentos estaban listos para ser presentados a Morin para su revisión crítica, aprobación o rechazo.

Por magia de la vida, maravillas del coincidir humano, y paradojas de un bucle moriniano, haber estudiado la obra de Edgar Morin me llevó a conocer a Rubén Reynaga, y trabajar con él en un proyecto educativo innovador me llevó a conocer personalmente a Edgar Morin.

En diciembre de 2005 viajamos a París, para tener sesiones de trabajo con Edgar Morin. Llegando el taxi a la calle de destino, vimos a Morin que caminaba hacia nosotros, con una pequeña bolsita en su mano izquierda. Al salir del auto notó inmeditamente nuestra presencia, reconoció a Rubén, se abrazaron, a lo que siguieron las presentaciones formales. Explicó que venía de la farmacia a donde fuera por unos medicamentos, subió al departamento y rápidamente se reunió con nosotros en el salón de un establecimiento cercano a la vivienda de Morin, que era el sitio preparado para nuestras sesiones de trabajo. Trabajamos intensamente dos días. Si algo define para mí a Morin a partir de ese encuentro es su atención a los detalles, su curiosidad, su interés por las personas, y la coherencia entre el ser humano real y el autor leído. En algún momento notó que tenía frío, y era cierto, de hecho, nunca ni en Bielorrusia a menos veinte grados sentí tanto frío como en el París de esos días, donde la temperatura apenas se acercaba a los cero grados. Tomó provisiones al respecto como buen anfitrión.

Preguntó siempre con respeto, cordialidad, profundidad. Se interesó especialmente en las acciones a realizar y la previsión de sus posibles consecuencias, de los obstáculos y asuntos que necesitarían atención. Me asombró que no ofreció consejos. Conversó, dialogó, expresó sus criterios, escuchó razones y sostuvo sus criterios, pero no impuso nada, ni dictó cátedra. Fue firme con respecto a varias acciones que no se debían emprender, pero no las impuso, nos hizo llegar a puntos de coincidencia con respecto a lo que no había sido bien pensado todavía. Nunca había asistido a un ejercicio de tanta modestia, rigor y humanidad.

La coherencia personal es un rasgo distintivo que rescato de los acontecimientos biográficos, para considerar un asunto fundamental que Morin aborda y no siempre es comprendido a cabalidad: la necesidad de criticar la ciencia y el modo en que deberíamos entender el método como estrategia abierta.

### **Los límites de la objetivación**

Cuando se critica la ciencia, no importa quien lo haga y con cuánta delicadeza, se despiertan inmediatamente dos creencias que sostienen las más disímiles contraargumentaciones. Mientras unos suponen que la crítica tiene la intención de abrir caminos y apoyar la falsa ciencia, otros suponen que se trata de un nihilismo injustificado que rechaza de plano, en su totalidad, el valor de la ciencia y los conocimientos científicos. En Morin, si somos justos y analizamos detenidamente sus obras, no está presente ni lo uno ni lo otro. Su crítica va a las cuestiones medulares del lugar de la cultura en la ciencia, de la ciencia en la cultura y de los paradigmas en la ciencia.

Cuando trabajo la problemática de la complejidad y el pensamiento complejo con estudiantes universitarios intento que comprendan el método a través de la relación que existe entre seis cuestiones entrelazadas:

Los ideales de racionalidad y la emergencia del paradigma de complejidad

La herencia la filosófica.

Las ciencias de la complejidad.

Los asuntos cosmovisivos que acompañan los debates sobre complejidad.

La diversidad de modos para entender qué significa método.

La relación entre complejidad y transdisciplina.

Esta secuencia está atravesada por el cuestionamiento al concepto de conocimiento y al concepto de ciencia, donde el asunto fundamental de crítica concierne a los límites de la objetivación.

Lo que distingue la ciencia moderna de la ciencia antigua, y en lo que se piensa cuando se dice ciencia en tanto conocimiento, puede resumirse en la preeminencia de un procedimiento de objetivación que filtra y decanta aquellos conocimientos que pasan la prueba de aquellos que o no la pasan, o no han sido sometidos a ella. Ese grano racional del procedimiento de objetivación se transforma organizacionalmente en una forma estructural bien conocida: la ciencia se apertrecha de una herramienta de revisión y escrutinio de sus productos, en particular de sus datos observacionales, experimentales y sus teorías. Suele llamársela método científico, y se la defiende como reliquia. En realidad, no debería nunca menospreciarse la ventaja cognitiva que contar con un procedimiento de objetivación ofrece a la ciencia, ni tampoco sobreestimarla excesivamente, lo que sin dudas sucede. Para entender los matices necesitamos remontarnos a la revolución copernicana.

Cuando Copérnico corrigió la tesis del conocimiento cotidiano (el Sol gira alrededor de la Tierra) y mostró la validez de su opuesta (la Tierra gira alrededor del Sol), consolidó una tesis programática fundamental: “La ciencia se dota a sí misma de criterios propios para fundamentar y verificar el conocimiento” (Delgado, 2012, p.165). De manera que el conocimiento común y el sentido común son desplazados, dejan de ser criterios válidos para juzgar en ciencia y decantar conocimientos verdaderos de falsos. Esta tesis de la revolución copernicana que podemos llamar primaria separa conocimiento científico de conocimiento cotidiano por un abismo infranqueable. Nos sirve todavía en la actualidad para distinguir la ciencia antigua de la moderna. Pero en el mismo acto, negaba la fuente de origen de la validación del conocimiento mediante objetivación, que no es otro que la vida cotidiana. La ciencia lo refino y lo constituyó en método, pero no lo inventó, pues ese procedimiento inserto e implícito en la cotidianidad es el que garantiza la efectividad de las decisiones y las acciones a lo largo de la historia.

El origen fue menospreciado, prácticamente invisibilizado por una «tesis derivada» que emana también de la revolución copernicana, y consiste en conferir un rango epistemológico inferior a los saberes cotidianos y por extensión al sentido común y al resto de los saberes humanos considerados no científicos.

*Esos saberes y sus portadores no son interlocutores válidos para un diálogo cognoscitivo. Más allá de las cuatro paredes del hogar, el sentido común no vale nada. El resto de los saberes humanos se encuentran en el entorno de la ciencia, y solo pueden servirse de los resultados que ella ofrece. El conocimiento que aportan es inferior y carece de la validez y universalidad necesarias para considerarlos competentes frente a la que es propia del conocimiento científico.*

*La tesis derivada deslegitima al resto de los saberes humanos y los desplaza hacia el entorno de ignorancia más o menos velada, que el saber científico ilumina. Y, en consecuencia, en esas condiciones, no existe posibilidad ni necesidad de diálogo entre ellos. Solo serían posibles dos relaciones: 1) el contacto indagador, cuando esa vida cotidiana, esos saberes y prácticas, se conviertan en objeto de investigación científica; y 2) el aprendizaje que puedan realizar otros saberes a partir de lo que la ciencia ofrece, para corregirse y mejorar. (Delgado 2012, p.166).*

Cuando reconocemos las dos tesis, queda claro que debilitar la tesis primaria solo significaría renunciar a la ciencia y a lo alcanzado en el camino de la fundamentación y validación de los conocimientos. Abriría las puertas al misticismo, el autoengaño, la falta de rigor y la pseudociencia.

Al mismo tiempo, mantener la tesis derivada inalterable deslegitima al resto de los saberes, imposibilita la formulación de problemas fundamentales, como son los problemas humanos, que no encuentran soluciones viables si se omite el sujeto y el universo cultural a que pertenecen los conocimientos y las acciones humanas.

Para salir de esta absurda dicotomía necesitamos "...fortalecer, profundizar y extender la tesis primaria, para que ese fortalecimiento/profundización/extensión simultáneamente restrinja el alcance de la tesis derivada." (p.167) Esto solo podrá realizarse mediante una ruptura paradigmática, que interpreto realiza Morin en su crítica a la ciencia, donde no abandona o rechaza los valores específicos de los procedimientos y técnicas que la ciencia aporta, a la vez que insiste en la necesidad de una lectura crítica cultural y paradigmática.

Por eso el método que propone es anti-método, lo que significa que no es ni instrumento (Aristóteles), ni vía que asegura el conocimiento verdadero (Descartes), ni regla que obliga (Kant). No puede ser receta ni procedimiento aplicable a casos diversos como llave maestra. Es estrategia de indagación, método de descubrimiento que tiene ante sí el objeto desconocido, y por ello debe construirse y reconstruirse de nuevo cada vez. Esta verdad sencilla no siempre es comprendida.

El método como estrategia no puede reducirse al procedimiento de objetivación, ni ceñirse a un cierre paradigmático, necesita liberar la atadura paradigmática moderna que se desplegó como separación entre la ciencia y la vida cotidiana...

La ciencia se separa de la filosofía en el curso del siglo XVII no sólo por introducir en sí misma la medición y la precisión, la observación sistemática y la experimentación, sino también porque se funda en el paradigma disyuntivo que aparta cualquier juicio de valor de sus juicios de hecho y de sus teorías. De hecho, el desarrollo de la ciencia obedece a una dialógica compleja entre la imaginación teórica y la verificación experimental, entre el racionalismo que intenta establecer las leyes del universo y el empirismo que lo subordina todo al respeto de los hechos. No obstante, la ciencia clásica va a obedecer al gran paradigma de occidente al decretar un paradigma de simplificación propio, apto para establecer una visión determinista perfecta de un universo que obedece a unas cuantas grandes leyes impecables. «La ciencia debe sustituir lo visible complicado por lo invisible simple», según la formulación que Jean Perrin seguía creyendo pertinente mediado este siglo. (Morin, 1992, pp. 229-230).

Y debe comprenderse en el contexto general a que pertenece, que es cultural:

Habíamos dicho: el mundo está en el espíritu que está en el mundo. Dado que, para nosotros, el mundo siempre es cultural también, podemos decir igualmente: la cultura está en el espíritu que está en la cultura. Dado que, como acabamos de indicar, la cultura también está en el cerebro, podemos reconocer que la cultura forma parte del cerebro tanto como el cerebro forma parte de la cultura. (Morin 1999, p. 253)

Por eso, más que un procedimiento, un camino a seguir, o una metáfora ingeniosa y evocadora, el método que propone Morin es el camino. Damos cuenta de él como parte de nuestra responsabilidad al producir conocimientos. Morin nos muestra su camino a través de la gigantesca obra teórica que ha construido a la cual continua aportando. Nos convoca, como en su reciente conferencia en la UNESCO, a explorar y ser responsables visibilizando el camino que hemos recorrido para alcanzar los modestos conocimientos, que son siempre resultados del quehacer humano; un quehacer que no se desenvuelve ni en el vacío absoluto, ni en el estado final perfecto y completo, sino que es y será siempre el producto frágil que emerge de un proceso histórico, social, cultural que desarrollan los seres humanos, y cuyas bases paradigmáticas deben estudiadas y explicadas.

# REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Reynaga, R., Enriquez, Delgado, C.J. (2006). Modelo educativo. Multiversidad Mundo Real Edgar Morin.

Delgado, C. (2012). Conocimiento, conocimientos, diálogo de saberes. En Valdés, F. y León, Y. La filosofía en su tiempo histórico, pp. 159-180. Ruth Casa Editorial-Ciencias Sociales.

Morin, E. (1992). El método IV. Las ideas. Cátedra.

Morin, E. (1999). El método III. El conocimiento del conocimiento. Cátedra.